

Jorge Semprúm:

La escritura o la vida

Juan Manuel Zapata*

A la edad de 87 años, en París, falleció el escritor español Jorge Semprúm. Su vida, que en ocasiones parece rebasar la ficción, es uno de los más nítidos testimonios de la historia europea del siglo XX. Nacido en el seno de una familia católica liberal, con una importante tradición política en España, se ve obligado, a muy temprana edad, a exiliarse durante los inicios de la Guerra Civil española en Francia, en donde adelantara estudios de filosofía en la Universidad de la Sorbona. En 1941 empieza su lucha política y se adhiere a la resistencia francesa en contra de Franco, movimiento en el que jugará un papel determinante, hasta el punto de llegar a coordinar, durante 1957 a 1962, las acciones de resistencia al régimen 'Franquista' en nombre del Comité Central del Partido Comunista. Esto le acarreará, por esos años, ser uno de los hombres más buscados por la dictadura española, peligro que logra evadir gracias a una maniobra literaria: la creación de su heterónimo Federico Sánchez.

En 1943, debido a sus actividades políticas clandestinas y de resistencia, es apresado y torturado por la Gestapo y deportado luego al campo de exterminio de Buchenwald, donde permanecerá recluido hasta su liberación en 1945. De aquella experiencia con la muerte saldrá prácticamente todo el material de su obra que, junto con la del italiano Primo Levi, es uno de los testimonios más vivaces de la época. En 1964 es expulsado, al igual que con otros intelectuales —entre ellos Javier Pradera, amigo suyo y actualmente periodista del diario *El País* de España— del partido comunista debido a sus divergencias con el Comité Central y, en especial, con el entonces secretario general del partido, Santiago Carrillo.

Para entonces, el talento del escritor y el coraje moral del hombre empiezan a ser reconocidos por el público en general. En 1963 recibe el premio Formentor por su novela titulada *Le gran voyage* (1963), uno de los primeros relatos de la deportación en donde la historia adquiere una intensidad y una veracidad tal, que logra transmitir el horror y el sufrimiento de un episodio que desborda lo que las palabras pueden contar.

* Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia y actualmente adelanta sus estudios de doctorado en el Departamento de Letras Modernas de la Universidad de Rennes 2 Haute Bretagne, Francia, y en la Universidad de Lieja, Bélgica, en donde forma parte del equipo de investigación en sociología de la literatura Contextes.

En 1967, como fruto de una carrera como director, guionista y realizador de películas y documentales, consigue la nominación al Óscar al mejor guión original por *La guerre est finie*, de Alain Resnais (Francia). En 1977 ganó el premio Planeta por su obra *La autobiografía de Federico Sánchez*, novela autobiográfica en la que narra su expulsión del partido comunista mediante una singular técnica narrativa: el tiempo del relato, de sólo unos breves minutos, se ve asaltado por las intermitencias de la memoria hasta reconstruir por completo toda su vida en el partido.

De 1988 a 1991 fue nombrado ministro de Cultura en la segunda legislatura del gobierno socialista de Felipe González, cargo que abandonará en 1991 por diversas razones. En 1994, Semprúm recibe el premio de la Paz de los editores alemanes, como reconocimiento a su aporte a la reconstrucción del pasado y al valor moral y altruista de sus escritos. En el mismo año recibe el premio Fémmina Vacaresco y, un año después, el premio Literario de los Derechos del Hombre por su obra *La escritura o la vida* (1994), título que alude a su determinación de quitarse la vida después de contar su historia, pues para entonces pensaba que aquella no tenía otro sentido que el de dejar el doloroso testimonio del mal procurado al hombre por el hombre. El 1.º de diciembre de 2007 recibió el título de *doctor honoris causa* de la Universidad de Rennes 2 Haute Bretagne junto con el premio Nobel de la Paz John Hume y el poeta marroquí Abdellatif Laâbi.

Entre sus otras obras, en donde no sólo se muestra un gran trabajo formal y estilístico, sino toda una vida marcada por las experiencias extremas de la guerra y la muerte, se destacan también: *La segunda muerte de Ramón Mercader* (premio Fémmina 1969); *Vaya domingo* (1980); *La algarabía* (1982); *La montaña blanca* (1986); *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1996), y *Viviré con su nombre, morirá con el mío* (2001).

Por su valentía y coraje moral, por su fascinación por la desobediencia y la transgresión, por su lucidez al registrar las profundas mutaciones que el siglo XX ha dejado en el hombre, por su resistencia y su constante crítica, por su permanente experimentación y exploración narrativas, en fin, por el valor histórico de su testimonio, Jorge Semprúm se hace acreedor a ser, sin lugar a dudas, uno de los escritores más importantes de nuestra época.

J.M.: Usted nace en el seno de una familia con una larga tradición política en su país, incluso, a causa de las reivindicaciones liberales y republicanas de su padre debe exiliarse en Francia empezada la Guerra Civil. ¿Qué papel juega la figura de su padre en su vida?

J.S.: Es un papel decisivo, ya que nací en una familia de la burguesía católica española en la que por razones diferentes padre y madre eran partidarios de la evolución de España hacia la democracia, la libertad y el pluralismo político. Para los años 1920 y 1930 aquello no era nada común. Hoy es fácil encontrar en el medio católico familias progresistas, pero para esos tiempos no lo era. Entonces nacer, desarrollarse y tener la primera educación en un ambiente familiar políticamente abierto a las ideas democráticas era bastante singular y tuvo bastante influencia en mis posiciones políticas posteriores.

J.M.: En 1943 usted es detenido por la Gestapo y deportado al campo de concentración de Buchenwald por formar parte de la resistencia en Francia contra el nazismo. ¿Alguna vez pensó poder sobrevivir para contar esa experiencia?

J.S.: En Buchenwald siempre tenías la idea de que ibas a morir, era una realidad permanente; sin embargo, yo lo he dicho siempre, la idea de que vas morir y, al mismo tiempo, la de que eres inmortal, son dos ideas típicas del ser humano. Una combate a la otra. Pero siempre te preguntabas: ¿quedará alguien vivo para contarlo?

J.M.: ¿La posibilidad de poder contar esa historia, de resistir era un aliciente para seguir viviendo?



Imagen tomada de: <http://www.sxc.hu>

J.S: Los que tienen ideales, ya sean religiosos o políticos, los creyentes, son los que mejor resisten. En el campo había muchos que pertenecían a la resistencia, pues Buchenwald había sido construido para confinar a presos políticos alemanes, comunistas y socialdemócratas. Allí aprendí que en situaciones críticas de emergencia resiste mejor el que tiene un ideal.

J.M: ¿Cuándo decide escribir y por qué?

J.S: Yo decido escribir precisamente al regreso del campo de Buchenwald. Bueno, pero hay que decirlo, yo había querido siempre ser escritor. Desde muy joven, como la gran mayoría de los jóvenes españoles y latinoamericanos empecé a escribir poesía. Sin embargo, curiosamente, no conservo de eso prácticamente nada, algo en la memoria,

eso es todo. Tal vez era poco hábil. Alguna vez he contado que para seducir a una señorita le recitaba los versos de Rafael Alberti, porque sabía que eran mucho mejores que los míos. Pero, para volver sobre la vivencia de Buchenwald, la verdadera preocupación por ser escritor me viene después de la experiencia en los campos de concentración.

J.M: ¿Cómo asume usted el imperativo moral de escribir esa historia?

J.S: Cuando decido escribir me ocurre que se me hace imposible abordar la experiencia de los campos de concentración. Mi intención no era hacer un testimonio en bruto, en directo, sino una cosa más elaborada, más artificialmente construida, más artística. Así que lo primero con lo que me encuentro es con la imposibilidad de hacerlo, ya que para poder escribir esa experiencia debía permanecer en la memoria del campo, en la de la muerte. Es así que llego incluso a augurarme a mí mismo un suicidio, pues me digo que después de todo esto lo único que me queda es el suicidio. Es por esta razón que titulo uno de mis libros *La escritura o la vida*. De manera que abandono la idea de la escritura y la política se convierte en la mejor terapia, porque la política siempre está pensando en el futuro, aunque sea para no conocer el éxito. De ahí, que te ayude a salir del pasado. Por esto tomo la elección de la política a partir del final de 1950, estando en el exilio en París.

J.M: Se trataba entonces no sólo de un desafío ético sino de un reto estético, el de buscar la forma apropiada para relatar esa vivencia extrema. ¿Cómo asume entonces en sus novelas este desafío?

J.S: Cada libro lo resuelvo a su manera. De todas formas, es un compromiso que yo no me formulo nunca de una forma racionalmente elaborada. Más bien es algo que permanece inconsciente, algo que viene con el trabajo mismo de la escritura, con sus progresos, y que hace parte de la dificultad que cada libro conlleva. Yo, por lo menos, no tengo una respuesta global para eso, en cada caso, en cada libro, en cada vivencia que se narra y que se proyecta en la escritura, hay una solución diferente, tanto desde el punto de vista estético como desde el moral.

J.M: ¿No le faltaban las palabras para transmitir tal horror?

J.S: Sí. Se trataba de lograr transmitir lo intransmisible, la experiencia límite, el mal absoluto. La acumulación del horror, el frío, el hambre, la falta de sueño, las ejecuciones, el olor del humo de los crematorios... todo eso que es apenas creíble. Es necesario entonces encontrar una manera de decir, de transmitir, de narrar todo esto.

J.M: ¿Nunca lo asaltó el temor de estetizar la guerra, el sufrimiento humano?

J.S: No. Nunca me asaltó ese temor porque la estetización de la guerra, ni siquiera de manera inconsciente, estuvo en mi propósito. Mi problema era más bien, por razones morales y no sólo estéticas, el no exagerar. No agrandar los horrores de la guerra, de la deportación, de la lucha. Se trataba de que estos fueran verosímiles y, la verdad, para ser creíbles se requería trabajar un poco con esa presión que implica el no exagerar con la falsa ilusión de conmover al lector. Hay un hombre político francés del siglo XVIII que dijo una vez: "todo lo que sea exagerado es insignificante", y yo estoy de acuerdo con ello. Incluso para hablar del horror y de la guerra yo prefiero decir menos de la verdad para ser verosímil, que exagerar la verdad para impresionar al lector.

J.M: ¿Ha cambiado en algo su visión con respecto al papel que juega la escritura como un compromiso de orden moral?

J.S: No. Jamás ha cambiado porque la escritura antes que ser un deber ha sido un placer y una vocación, eso sí, un placer complicado que provoca dolor o dificultades. Sin embargo, sí he tenido como ciudadano y hombre político, el deber de hacer un pronunciamiento o un llamamiento a favor de tal o cual preso o a favor de tal o cual idea, pero eso no es un trabajo literario. Yo no puedo concebir mi vida sin escribir, sin publicar sí, pero no sin escribir.

J.M: El placer de la escritura es entonces una cuestión de resistencia, de libertad...

J.S: Naturalmente, la libertad juega un papel importante y es consustancial con el placer de escribir.

J.M: ¿Podría entonces hablarse de la escritura como un deber, como un deber que impone la reconstrucción de una memoria histórica que evite el olvido?

J.S: No me gusta la expresión “deber de la memoria”, porque sería imponerles a los jóvenes la idea de una memoria que no es la propia. Se trata más bien del deber de conocer, de saber aquello que ocurrió y que no puede volver a repetirse. Ese es el trabajo de la memoria en contra del olvido. Se trata de saber que el hombre es capaz de hacer el bien, pero también, que es capaz de hacer el mal, así que es una cuestión de responsabilidad moral.

J.M: ¿Esta aún viva la experiencia de la deportación y las pesadillas ocasionadas por las vivencias en el campo de concentración?

J.S: No paso ahora mi tiempo recordando ese período de la deportación, de los campos de concentración, de las torturas, de la falta de sueño, de comida y de agua. Con el tiempo, Buchenwald está menos presente, es menos dramático, más sereno, ya no tengo más pesadillas, y yo creo que se debe en algo no sólo a que he leído a los otros, sino a que me he leído a mí mismo.

J.M: ¿Cómo describir ese siglo XX que se está cerrando?

J.S: Muchas de las veces decimos que el siglo XX es el siglo de los genocidios, y esto es cierto, por supuesto. Pero es también el siglo de la emancipación de la mujer y de los pueblos colonizados. La vida histórica no es nunca negra o blanca, siempre hay muchos matices grises.

J.M: Usted ha estado desde joven involucrado en la política, en la resistencia, en la crítica de toda manifestación de totalitarismo –fuera del fascismo o del comunismo– ¿Cómo ve los llamados nuevos movimientos de izquierda latinoamericana?

J.S: Lo que vive Latinoamérica hoy no es una nueva tendencia de la izquierda. Tal vez la forma en que se expresan es más actual y no puede asimilarse a lo que ha conocido desde hace decenios. Sin embargo, lo que viven allí no es un movimiento de izquierda sino otro fenómeno que ha hecho parte de su tradición histórica desde la Independencia: se trata del fenómeno del caudillismo populista. Ese continente, después de haber conquistado la libertad y la independencia del dominio español –que se produce, entre otras cosas, gracias a la autonomía que los liberales consiguen en España del dominio conservador–, ha vivido el fenómeno del populismo caudillista desde los años de 1920. Lo que es nuevo es que se pretenda afirmar una visión de izquierdas que para mí no lo es. Sus parámetros son muy concretos: la búsqueda de una cooperación antiimperialista en América, lo que llama Chávez –con un descaro intelectual que a mi modo de ver es del todo impropio– la revolución bolivariana. Pobre Bolívar, se revolcaría en su tumba si escuchara cómo se le atribuye a él la falta de democracia, que es la consecuencia de la serie de medidas que está tomando Chávez. Este es, creo yo, un fenómeno peligroso por el espejismo de izquierdas que puede provocar en el sentido de que las gentes menos favorecidas puedan creer que es una solución a sus problemas.

En conclusión, yo diría que se trata de una crisis de las tantas otras por las que ha tenido que pasar Latinoamérica en la búsqueda de su autonomía y de su propia expresión democrática.

Rennes, Francia, 1.º de diciembre de 2007. ■